

研究宝剑古法铸造十
可以借鉴的前提下，
乐密码或铸造密码，
的「铸剑大师」。
发展起来的，但经过
「下令解散乐府，禁
琴瑟也缘断世人，琴瑟
华夏子孙。文化部曾
以文物复制成功，音
件地研制成功了，
及见面总聊到你，你

LA CHINA QUE VIVÍ Y ENTREVÍ MARCELA DE JUAN

HUANG MASAI
黄玛赛

PRÓLOGO
DE MARISA PEIRÓ

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones





MARCELA DE JUAN

(LA HABANA, 1905 – MADRID, 1981)

Hija del diplomático y mandarín Hwang Lü He 黃履和 y de Juliette Broutá-Gilliard, fue una pionera de la traducción, periodista y divulgadora de la cultura china en España. A los pocos meses de nacer en Cuba, la familia se traslada a Madrid tras el nombramiento del padre como embajador de China. Aunque educado en la tradición, pronto se adapta a las costumbres y la mentalidad españolas.

En 1913, la familia se traslada a Shanghái y Pekín. Allí Marcela estudia en la Universidad de Qinghua, trabaja en un banco, escribe artículos y se sumerge en la cultura del país. Trató a escritores y ensayistas como Hu Shi, Lin Yutang o Han Suyin y a personalidades europeas, entre ellas Vicente Blasco Ibáñez en su viaje a China.

Tras la muerte del padre regresa a Madrid. Escribe para *Estampa*, *ABC*, *La Vanguardia* o *Revista de Occidente*. También dicta conferencias acompañadas de fotografías y lecturas de poemas en Lisboa, Bruselas, París o Ámsterdam, entre otras ciudades europeas. Trabajó como intérprete en el Ministerio de Asuntos Exteriores y fundó, junto con Consuelo Berges, la Asociación Profesional de Traductores e Intérpretes. Compiló tres importantes antologías de poesía china publicadas por *Revista de Occidente* y Alianza Editorial; otras tres antologías de cuentos y relatos breves de la tradición china y, en 1977, su autobiografía que tituló *La China que ayer viví y la China que hoy entreví* (Luis de Caralt Editor), nunca reeditada hasta este momento.

LA CHINA
QUE VIVÍ
Y ENTREVÍ
MARCELA
DE JUAN

PRÓLOGO DE
MARISA PEIRÓ

COLECCIÓN VIAJES LITERARIOS N°8

LA CHINA QUE VIVÍ Y ENTREVÍ

MARCELA DE JUAN



Título original: *La China que ayer viví y la China que hoy entreví*,
Luis de Caralt, Editor, 1977

Título de esta edición: *La China que viví y entreví*

Primera edición en La Línea del Horizonte Ediciones: marzo de 2021

© de esta edición: La Línea del Horizonte Ediciones
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© del prólogo: Marisa Peiró

De la maquetación y el diseño gráfico:
© Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro

Depósito legal: M-4561-2021 | ISBN: 978-84-17594-85-5

THEMA: WTL, 1FPC

Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

LA CHINA QUE VIVÍ Y ENTREVÍ

Prólogo

Por MARISA PEIRÓ | 13

UN POCO DE PREHISTORIA | 27

LA CHINA QUE AYER VIVÍ | 71

Llegada a China | 75

Pekín | 78

El colegio | 92

Año nuevo | 103

Amistades | 111

El barrio de las legaciones | 142

El teatro | 191

Mis últimos años en Pekín | 195

LA CHINA QUE HOY ENTREVÍ | 215

Cuarenta y siete años después | 218

Pekín, la ciudad sin par | 227

Shanghái | 242

Los estudiantes | 247

De todo un poco | 252

Recorrido turístico | 255

Y la Larga Marcha sigue | 275

LA CHINA QUE VIVÍ
Y ENTREVÍ
MARCELA DE JUAN

PRÓLOGO

Para aquel que escuche hablar de ella por primera vez, es probable que la biografía de Hwang Ma Cé, o Huáng masài (esto es, el nombre de nacimiento de Marcela de Juan), le parezca un *cuento chino*, pero, como sucede a menudo con los grandes personajes, la realidad es capaz de superar cualquier ficción. Nacida en La Habana, de padre chino y madre belga, y criada a caballo entre Madrid y Pekín, Marcela no solo se convertiría en una de las primeras y principales traductoras del chino al español, sino que sus singularísimas circunstancias, intereses y aptitudes la perfilaron como la verdadera pionera de la difusión cultural sobre China en España, tiempo antes del nacimiento de los primeros estudios sobre Asia Oriental —ahora, presentes en muchas de las universidades españolas.

Conocedora de que su incesante actividad (personal y profesional) era tan o más interesante que sus conferencias y traducciones, fue la propia Marcela de Juan (1905-1981) quien puso por escrito sus andanzas, ya en los últimos años de su vida, en el libro que se reedita en esta ocasión¹, en el que la autora perfila sus vivencias en China y España, dos países que en aquellas décadas, a pesar de sus enormes diferencias, sufrieron irreversibles cambios políticos a los que la autora asistió de primera mano.

Cronista de hechos singulares, su perfil y labores despertaron el interés de la sociedad madrileña en un momento en el que la afinidad por lo exótico quedaba, a menudo, eclipsada por lo cas-

tizo, pero su figura fue paulatinamente cayendo en el olvido hasta que, en los últimos años, una serie de investigadores se dedicaron a señalar y recuperar su papel, especialmente en lo que se refiere a su labor como traductora². A todos ellos agradezco su trabajo, especialmente a los más tempranos, ya que fueron el punto de partida de mi interés por el personaje. Mi primera aproximación a la vida de Marcela se produjo cuando, en el transcurso de la investigación para mi tesis doctoral, en la que profundizaba sobre la difusión cultural sobre China en los Estados Unidos durante el período de entreguerras (a partir de personajes como Pearl S. Buck, Lin Yutang, Soong May-Ling, Anna May Wong, Miguel Covarrubias o Mai-Mai Sze³), fue necesario conocer y establecer analogías con la situación del momento en España. Fue en consultas de hemeroteca donde, por primera vez, me topé con Marcela, cuya labor presentaba paralelismos con la de alguno de estos personajes, pero que destacaba porque, a pesar de sus circunstancias vitales, realizó sus logros sin el apoyo de una compleja red cultural china sobre la que apoyarse.

Sin lugar a dudas, Marcela de Juan fue una mujer singularísima y prolífica, pero debo advertir al lector que el objetivo de este prólogo no es realizar una biografía detallada (ya que esta es mejor leerla en las palabras de su protagonista), sino presentar y contextualizar las facetas más destacadas de una mujer sobresaliente y sin parangón en su tiempo.

MARCELA, LA MADRILEÑA CHINA

La que hoy podría entenderse como una ventaja (ser hija de madre europea y de padre chino) fue casi siempre un factor en contra de

Marcela, empezando por su propio nombre. Ante la dificultad para interpretar e incluso pronunciar el nombre que le fue dado al nacer, 黄玛赛 (que la propia Marcela tradujo como «exposición de piedras preciosas»), su familia optó por castellanizarlo⁴. Lo mismo le había sucedido a su padre, el diplomático y mandarín chino Hwang Lü He, 黄履和 (también llamado Liju Juan), secretario de la legación china en España. Casado con Juliette Broutá-Gilliard, dama belga con la que, antes que Marcela, tuvo a su hija Nadine —de la que también hablaremos—, en 1905 fue brevemente trasladado a La Habana, y en ese breve lapso nació Marcela⁵. Con apenas ocho meses, Marcela vivió su primera gran mudanza, a Madrid, al ser nombrado su padre ministro plenipotenciario de la legación china. La primera estancia madrileña de Marcela transcurre entre el domicilio de la legación en la calle Velázquez —donde la familia se convierte en vecina y amiga de Natalio Rivas, ministro de Instrucción Pública—, un hotelito de Ciudad Lineal y una vivienda de la calle Alcalá. Ni Marcela ni su hermana acudieron a la escuela, pues recibieron la instrucción en casa, además de las más pintorescas visitas, como las de los escritores Pío Baroja (y su hermana Carmen, con la que acostumbraban a dar paseos por el Retiro) y Emilia Pardo Bazán, el escultor Mariano Benlliure, el torero Fuentes Bejarano o la actriz Rosario Pino, con la que su padre tuvo un idilio.

De las palabras de Marcela se aduce que su padre, aunque honorable, culto y respetuoso como buen mandarín, fue tradicional pero laxo en muchos de sus hechos y costumbres, empezando por el hecho mismo de casarse con una blanca, o siguiendo por las clases de toreo que recibía en la Casa del Frascuelo; no lo fue tanto en otros aspectos como el del vendaje de los pies de su hija (afortunadamente descubierto e interrumpido por la horrorizada

madre), las reverencias ante los regalos enviados por la mismísima emperatriz Cixí o en comprometer a la joven Marcela con el igualmente jovencísimo hijo del príncipe chino Shen en su visita a Madrid. Autoproclamado liberal, Liju Juan sentía gran veneración por el conde de Romanones, al que veía ocasionalmente y de quien llegó a traducir al chino *El ejército y la política*. «Vivíamos pues, felices e ignorados» —escribe Marcela—, entre clases, visitas insignes y asistiendo a zarzuelas en el Teatro Apolo. Tras la proclamación de la República de China, al señor Juan «le faltó tiempo para cortarse la coleta» —en irónicas palabras de la propia Marcela— y para hablar, en los más positivos términos, de la opresión manchú y de la nueva y prometedora república de China en los diarios madrileños, pero poco después, en julio de 1913, fue trasladado a Pekín para ocupar un nuevo cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

MARCELA, LA CHINA EUROPEA

Debido al nuevo empleo de Liju Juan, la familia completa se trasladó a Pekín. De camino, pasaría por Bruselas, y en Marsella comenzaron un largo viaje por mar, haciendo escala en lugares que impactaron a la joven Marcela, como Colombo, Singapur o Shanghái, y en los que conoció por primera vez el racismo (según ella, eso en Madrid no existía), cuando a su padre y a las hermanas les fue negado viajar en primera clase. Marcela vivirá quince años en lo que ella define como un Pekín *de transición*, capital, a su pesar, de la nueva *República burguesa*, gobernada *de facto* por los Señores de la Guerra y en la que «todavía había concubinas y las mujeres de pies comprimidos trataban de desatárselos, sin

el menor éxito», una época de «discriminación racial establecida sin ningún disimulo», en la que el «eurasiano», caso de Marcela o de su hermana Nadine, era «raro y escaso, doblemente despreciado por los unos y los otros». El racismo será uno de los temas transversales de su estancia, a pesar de lo cual Marcela habla con cariño y nostalgia sobre el arte, la medicina, los usos y costumbres, y el ceremonial y los rituales chinos, que describe con profusión en sus memorias. En ellas también hay espacio para la crónica política, camuflada —a menudo— de anécdota de sociedad, como cuando relata su amistad con el hijo de Yuan Shikai, o la visita que un joven estudiante hace a su padre en 1918, y que resultó ser Mao Zedong.

Tras el desembarco en Shanghái, ciudad que la deslumbra, Marcela adquirió la determinación de aprender chino, idioma del que no hablaba una palabra. Ya en Pekín, la familia se instaló en una casa de la zona de la Puerta Este de la Gran Muralla, que, a pesar de ser «de poca categoría», contaba con agua corriente y seis criados a su servicio. Marcela recibió en estos años una formación del todo inusual: con su padrino, un primo de su padre, comienza a aprender sobre arte chino y a visitar mercadillos y anticuarios; con la colección de libros de su madre, se aficiona a la literatura francesa. Gracias a su capaz cocinero, en la casa de los Juan se desayuna a la francesa, se come a la europea y se cena a la china. Similar multicultural situación tuvieron Marcela y Nadine en la escuela —a la que asisten, en Pekín, por primera vez—: en la Escuela del Sagrado Corazón, operada por monjas francesas, reciben la instrucción en inglés por la mañana, en francés por la tarde, y al mediodía toman lecciones de chino, que complementan con un tutor privado⁶. De él, Marcela aprendería no solo el idioma, sino también la poesía, la caligrafía y, en definitiva, la cultura,

aunque solo estudió chino hasta los doce años; su padre le llegó a decir que nunca se iba a ganar la vida con este idioma, aunque, como ella bien se jacta en recordar, obviamente se equivocó.

Tras terminar la escuela, tanto Marcela como su hermana comenzaron a trabajar, tanto por el carácter pragmático de su padre como por cierta necesidad económica⁷. Marcela trabajó en la sucursal pekinesa de la Banque Française pour le Commerce et l'Industrie, mientras que Nadine⁸ fue secretaria del primer ministro del Gobierno del Norte de China, Pan Fu, que mantenía a siete concubinas y que propuso a Marcela convertirse en la octava.

Residente, como era, de una casa singular y de la alta sociedad pequinesa, en sus memorias, Marcela se prodiga en relatar la abundante y singularísima vida social de la que gozaban su hermana y ella en sus ratos libres. Los Juan recibían en su casa a importantes nobles y diplomáticos españoles, cubanos, italianos, alemanes y franceses; además, Marcela cita como visitantes a personalidades como los Durazzo, el joven conde Galeazzo Ciano, el Mariscal Joseph Joffré o el premio nobel Saint-John Perse. Entre las amistades chinas de su padre sobresalen dos de los mayores literatos de su tiempo, como Lin Yutang (a quien Marcela cita con admiración) y Hu Shi, así como la princesa Dan y la también *eurasiana* y medio belga Han Suyin, que más adelante se convertiría en una importante escritora.

En el libro también hay espacio para la descripción de sus salidas y excursiones (tanto a monumentos históricos como al teatro), para hablar de la gastronomía o de los difuntos en China, intercalándose esto con el relato de la evolución política y militar del país (la familia asiste, por ejemplo, a la boda de Pu Yi, el último emperador). Marcela también cuenta cómo ella y su hermana eran requeridas, a menudo, para entretener a diversas per-

sonalidades de paso por Pekín (como Vicente Blasco Ibáñez o Wallis Spencer): preparan paella, bailan sevillanas, acompañan a patinar al presidente Li Yuanhong o hacen carreras a caballo con el futuro Jorge VI de Inglaterra.

En aquellos años, Marcela fue cortejada por no pocos pretendientes, tanto chinos como europeos, pero su condición *eurasiana* pareció ser un problema a la hora de formalizar las relaciones. De entre los candidatos «serios», destacó Victor Hoo (que más adelante se convertiría en secretario adjunto de las Naciones Unidas) y el ruso blanco, Paul Hoyningen-Huene —por quien aprende ruso—, sobrino del barón que luego se haría un fotógrafo famoso, y al que abandonó, tras un flechazo, por François de Courseulles. Tras un noviazgo de varios años (en el que Courseulles la engaña habitualmente), el francés abandonó el país y dejó a Marcela mediante una dolorosa carta, de la que ella destaca las siguientes palabras: «Dirá que soy un monstruo, pero lo cierto es que no me puedo casar con una china; perdería mi puesto y mi carrera, todos me harían el vacío y no encontraría trabajo».

Ese mismo mes, falleció Liju Juan, y, para ganar un dinero extra, Marcela comienza su andadura en la prensa, pero acabaría decidiendo que es el momento oportuno para regresar a España. En contra de los deseos de su madre, y *custodiada* por el ministro de Brasil, Armínio de Mello Franco —que aprovecharía la ocasión para pedirle matrimonio—, Marcela emprende un viaje a España, con importantes paradas en Marsella y París, que iba a ser temporal pero que duraría hasta 1975.

LA CHINA
QUE AYER VIVÍ

Lo que aquí voy a contar representa la China que yo viví, la época en que yo viví en Pekín, recién derrocado el imperio, recién instaurada la república (llamada ahora la «república burguesa»). Una China ya tocada y ansiosa de modernidad, pero inmersa todavía en costumbres antiguas que costaba mucho desarraigar.

Para los europeos, durante muchos siglos, China fue un país lejano, casi inaccesible y, por tanto, misterioso. Hoy, en cierto modo, vuelve a serlo, envuelta en otro tipo de tópicos, que han dado una imagen falsa de la nueva China, una imagen más deformada aún que la de la antigua.

El Pekín que yo conocí era aún el Imperio del Centro que Marco Polo llamó «Cathay», nombre este que los chinos no conocen (como tampoco conocen la palabra *mandarín*, ni que el idioma de Pekín se llama en el extranjero «idioma mandarín»; todo esto es un invento inglés).

Era la plena época de los «señores de la guerra» —«warlords», como los llamaban los ingleses—, cuando militares o aventureros luchaban unos contra otros por el poder, cuando todavía había concubinas y las mujeres de pies comprimidos trataban de desatárselos, sin el menor éxito (pues ya estaban atrofiados y solo conseguían extenderlos un poquito).

Era todavía una época de discriminación racial establecida y practicada sin ningún disimulo, en que se despreciaba al «nativo», en que el «eurasiano» (mestizo de europeo y de asiá-

tico) era un bicho raro y escaso, doblemente despreciado por los unos y por los otros. Un ser que no pertenecía a ningún país, que no era ni asiático ni europeo —léase blanco—, al que se *acusaba* de tener solamente los defectos de ambos.

Era todavía una época de grandes riquezas y de tremendas pobrezaas.

Era, no obstante, una China donde no se podía apreciar la atenuante de que no se sentía desprecio por el pobre, pues nunca en China hubo ese sentimiento, y donde el rico se hallaba siempre rodeado de una nube de parásitos, ya fueran parientes o servidumbre, que vivían a sus expensas.

Era aún la China donde se respetaba al letrado ante todo.

Era el Pekín de los desfiles de regalos de bodas, de los palanquines con bellas mujeres que escondían el rostro detrás de un rico velo.

Era el Pekín de la *hutong*, receptáculo de toda una población algo vanidosa que ocultaba impenetrablemente su vida íntima.

Era un Pekín donde los portales de las amplias residencias, que en otros tiempos fueron palacios, estaban cerrados cuidadosamente, un Pekín que tenía por horizonte la Torre del Tambor y la muralla rosa del Palacio Imperial. Un Pekín donde mujeres vestidas con trajes arcaicos caminaban lentamente entre las tiendas iluminadas por los quinqués en jaulas de cristal, entre los mostradores de frutas, entre los hornos humeantes de los merenderos, e iban de un puesto a otro para hacer compras antes de la caída del sol.

Los quince años que viví en Pekín son particularmente importantes porque durante ese período los viejos y los nuevos elementos llegaron a entenderse. Fui testigo de un colapso y vi florecer la vida nueva de entre las ruinas, el alma china en su evolución, pero que no perdió ni su nobleza ni su calma.

No pretendo, pues, hacer un estudio de la vida de la China que yo viví; tan solo quiero contar lo que yo vi, lo que yo he vivido, y demostrar que la ignorancia en que estamos de las aspiraciones íntimas de los chinos se debe más a nosotros mismos que al esoterismo atávico de los asiáticos.

LLEGADA A CHINA

Cuando el barco tocó Shanghái, mi hermana y yo nos quedamos maravilladas. Shanghái, que fue durante cincuenta años la ciudad de mayor riqueza y de mayor miseria de China. Allí se erguían orgullosos los bancos y los inmuebles comerciales, con sus buenos ladrillos y sus ricos mármoles. Había barrios enteros donde no podían vivir los chinos, excepto los criados de los extranjeros, y donde los policías *sikh* (indios de dominación inglesa), con sus fornidas barbas, pegaban a los chinos con sus porras. Shanghái, con sus tiendas y grandes almacenes, sus letreros luminosos, sus palacios, sus cabarets, sus cines (todos los cines de Shanghái fueron obra de un español, como contaré más adelante), era el París de Oriente. Shanghái era una ciudad llena de parques con verde césped inglés que cuidaban a mano los jardineros chinos, era también la ciudad de las «honorables casas de prostitución» donde se vendían las niñas desde la edad de siete u ocho años...

En el muelle nos esperaban los primos de mi padre. Uno de ellos me llamó la atención. Era muy guapo, muy alto. Se llamaba Yao Sholé. Yao Sholé era mi padrino chino. Nos llevaron a su casa en el enorme bullicio del barrio chino atestado de gente. En la casa estaban las primas, nos saludamos ceremoniosamente inclinándonos y deseándonos las «diez mil venturas», como nos lo había

explicado mi padre durante el viaje. A mi hermana y a mí nos miraban con asombro, sin atreverse a tocarnos. Éramos un producto raro. Eso de ser medio chinas y medio europeas no lo comprendían bien. ¿Por qué lado éramos lo uno, y por cuál lo otro? Poco a poco perdieron el miedo, se nos acercaron, nos levantaron las faldas y las enaguas, nos miraron muy de cerca, abriéndonos la boca y las narices, y nos palparon la piel, que esperaban fuera más tosca que la suya. Yo no sabía entonces ni una palabra de chino y me dolía no poder comunicarme con la familia de mi padre. Decidí aprender ante todo y rápidamente el idioma. Ya contaré cómo lo conseguí...

La casa de nuestras primas era espaciosa, tenía cuatro patios sucesivos con grandes olmos y muchos pasillos abiertos en laberinto. Es decir, que eran cuatro pabellones para que cada generación pudiera ocupar un patio independiente. Nuestra habitación daba a uno de ellos de treinta pies de ancho, con adornos de rocas, un estanque con peces y maceteros con granadas, símbolo de paz, quietud y reposo. Estos patios estaban dispuestos de tal suerte que cada uno constituía una unidad completa y daba a los ocupantes la sensación de estar en una casa propia. Había muchos corredores enrejados y muchísimas pequeñas puertas en forma de abanico. Era una casa sencilla pero digna; desde nuestro patio podíamos ver el cielo y la luna cuando salía. Era como un lugar para descansar y meditar. Inmediatamente detrás estaba el atrio de los antepasados, ante los cuales nos dispusimos a inclinarnos.

Una sirvienta entró con varios cojines y unas escupideras, una pipa de agua⁴ y un tapete bordado para la mesa. Las primas daban, así, muestras de especial cortesía.

⁴ Pipa china cuya cazoleta se llena con los filamentos de tabaco rubio que se cogen delicadamente con unas pinzas finas de plata, luego se prende con una especie de cerilla gruesa de papel enrollado. Tiene un depósito de agua a través del cual pasa el humo diluyendo así la nicotina.

Cuando se fue la sirvienta, me quedé mirando la cama. Nunca había visto una cama semejante. Era de madera negra esculpida, con un baldaquín de gasa verdeazul y unas cortinas sostenidas por abrazaderas de plata labrada. El baldaquín estaba ricamente bordado, con patos que nadaban en medio de un estanque de lotos y peonías. Noté un perfume extraño: habían puesto bolsitas con almizcle entre las almohadas. Un escritorio de madera de ébano cerca de la ventana, una cómoda y una mesilla; en la pared, dos pergaminos caligrafiados. Como la pintura misma, el cuarto debe estar *k'ung lin*, es decir, «vacío vivo», y no recargado de muebles. A un lado de la cama, dobladas unas encima de otras, muchas colchas bordadas. Por la noche supe que no había sábanas y que cada uno se arropaba con cuantas colchas quisiera.

Nos habían servido el té de «pozo de dragón» y habían traído un plato de macarrones chinos con caldo de pollo para que nos repusiéramos de las fatigas del viaje. Más tarde nos sirvieron un verdadero banquete.

La hospitalidad china es tan proverbial como la española y la familia tiró la casa por la ventana para recibirnos. Mi primer contacto con Oriente fue, pues, maravilloso. Mi madre, que había ido dispuesta a todos los sacrificios, se encontró con que había café, mantequilla y todo lo que podía soñar. Grande fue su alegría y siempre le agradeció a mi padre habernos engañado pintándonos el cuadro tan negro.

Un día hubo un pequeño conciliábulo entre los primos, se llevaron aparte a mi padre y le dijeron: «Primo, hemos reflexionado mucho antes de darte nuestro parecer, pero es menester que tomes una concubina. Tu esposa extranjera ha pasado la edad de tener más descendencia y ha rebasado, con mucho, la edad en que la mujer china cede el sitio a una persona más joven para que

caliente la cama de su esposo. Como, por desgracia, se malograron los hijos varones que tuvisteis, es imprescindible que tomes una segunda esposa que te dé un varón, para que continúe el linaje de nuestro *Libro de generaciones*».

Mi padre no quiso contestarles en serio y salió del paso con una broma: «Ya tengo tres mujeres en casa. ¿No creéis que basta para romper la armonía de un hogar? Pero, en serio, para nuestro *Libro de generaciones* romperé yo las reglas inscribiendo a mis hijas, y la primera de ellas que tenga un varón reanudará nuestro linaje. Así no habrá interrupción».

Y, tras muchas discusiones con la familia, por fin consiguió imponer su heterodoxa decisión.

Más tarde, esto dio lugar a muchas bromas por parte de mi marido: «¡Mira que si tenemos un hijo y puede aspirar al trono de China! ¡Un emperador chino-andaluz! ¡Qué combinación!».

Pero ya teníamos ganas de llegar a nuestra casa y a nuestro destino, así que no nos detuvimos demasiado en Shanghái, aun cuando yo me hubiera quedado para siempre al lado del primo Yao Sholé, mi padrino.

De nuevo el barco de Shanghái a Tientsin y en seguida el ferrocarril, donde constantemente pasaban mozos repartiendo a los viajeros toallitas calientes con agua perfumada para refrescar, y té para calmar la sed.

PEKÍN

El 23 de agosto de 1913 llegamos a Pekín. Nadie ha descrito mejor que Lin Yu Tang el Pekín de mis tiempos. Así pues, lo describiré cogida de su mano y al alimón con él. En Pekín son muy dife-

renciadas las estaciones, cada una perfecta a su modo y cada una, repito, distinta de la otra. Se vive allí en plena civilización y, al mismo tiempo, en la naturaleza. Era —y creo que seguirá siendo— una ciudad que une al confort occidental —no generalizado, desde luego— y al oriental, las buenas cosas de la vida rural, donde el hombre puede encontrar a la vez estímulo para su espíritu y reposo para su alma. Al menos ese era el Pekín de mis tiempos.

Pekín es naturalmente bello, con sus lagos y sus parques dentro de la ciudad, su transparente río de Jade y las moradas colinas que la rodean. Su cielo es de un azul profundo como el mar —cuando el mar está azul, naturalmente—, las aguas de la fuente de Jade son de un verde transparente y las laderas de las colinas tienen un color violeta, como la flor del espliego, que nunca he visto en otra parte.

De vez en cuando cae sobre Pekín el polvo amarillo que viene del desierto de Gobi. Sin tormenta, todo el cielo se cubre de una capa de color amarillo; el sol, velado, parece un disco azul, y esto da un aspecto de extraña quietud a la ciudad; luego, el polvo cae, sin viento, en un impresionante silencio, y penetra por todos los intersticios. Las mesas, las sillas, los muebles, todo queda cubierto de un finísimo polvo, y al que pase por la calle se le llenan de arena la cara, la boca, las encías, los oídos, los ojos, los bolsillos del traje...

¡Pekín! Pekín, con los tejados amarillos de sus palacios y de sus templos, sus tejas de porcelana azul y morada en el Templo del Cielo, con sus avenidas como callejones en recoveco, sus calles abarrotadas de gentes y sus barrios silenciosos; las casas con el imprescindible granado, siempre en guardia en el patio; y el estanque con los panzudos peces de colores de opulentas colas, las casas de té en la calzada donde algún que otro ciudadano extiende su hamaca

bajo un ciprés, los teatros, los refinados restaurantes, los bazares, las ferias, las calles de los farolillos, de los bordados, de las pieles, de los jades. Los saltimbanquis (allí los llamamos «acróbatas») haciendo juegos malabares y piruetas, los pregones callejeros. Las largas filas de camellos del desierto de Mongolia, los sacerdotes budistas y los monjes lamas, el mendigo harapiento y cubierto de llagas, el ladrón, el mandarín.

Sobre la ciudad de Pekín se suele elevar —ya se ve que estoy hablando en presente histórico— un clamor confuso, y no son ruidos artificiales que provienen de fábricas, estaciones, tranvías o automóviles; es algo más profundo, más humano; algo como una especie de suspiro exhalado por un cuerpo gigantesco y múltiple. No son los silbidos de las sirenas, ni los cláxones, ni las bocinas, ni los timbres, ni las explosiones de las válvulas, ni martillos innumerables golpeando bigornias, ni máquinas... No, son voces, voces humanas, melopeas, batintines, campanillas.

Al pueblo chino le gusta el ruido, siente verdadera predilección por la música, el ritmo, la eufonía. El amor al ruido triunfa de las barreras sociales, pues todos, poderosos o miserables, letrados o comerciantes, civiles o militares, todos aman la sonoridad. Y este amor ha engendrado, a lo largo de los siglos, un número incalculable de instrumentos de madera, de hierro, de cuerdas, de bronce, de piel de serpiente; flautas primitivas y complicadas, tambores, címbalos, campanas, castañuelas, guitarras, el caramillo de múltiples tubos llamado *yue-tsing* y el tambor-banquillo conocido por *pen-ku*.

En las calles pekinesas de mis tiempos se oían los pregones de los vendedores ambulantes. Ese que vende una clase de churro, el *sao-ping*, da un grito agudo que se escapa de repente y luego de repente se le para en la garganta. Este otro que vende porcelanas

baratas profiere, como una queja larga y profunda, una cantilena enternecedora que se eleva progresivamente y termina en un silencio que es como un llamamiento desesperado. Al oírle pensábamos en la inanidad del esfuerzo, en la vanidad de vanidades, en la fragilidad de nuestro ser. Pero él solo vendía tazas, platos, teteras...

Al chino también le gusta cantar y se oyen en las calles pekinesas esas canciones chinas tan desconcertantes para el europeo y que tantas afinidades tienen con el cante flamenco de España. ¡Cuántas veces he escuchado con delicia en las calles del Oeste esas melopeas que un oído profano no sabe distinguir si son alegres o tristes! A menudo se acompañan de un violín pintoresco de dos cuerdas o de una preciosa y extraña guitarra, cuyos acordes dejan al paseante perplejo y encantado.

A todos estos ruidos se unen los de los instrumentos especiales que sirven de pregón a los comerciantes callejeros y que llenan la atmósfera de un singular popurrí. Los barberos que trabajan al aire libre hacen vibrar una clase de diapason; el vendedor de toallas lleva un sonajero muy grande de madera que sacude por encima de su cabeza; el tendero da unos golpes acompasados sobre un trozo de madera hueca cuya sonoridad ha sido cuidadosamente estudiada por un perito de la armonía; el trapero golpea una diminuta pandereta con un junquillo que le sirve para recoger los trapos que va encontrando por la calle; el hojalatero lleva un péndulo de bronce que oscila entre dos badajitos a cada paso del hombre y suena como una campanilla; el vendedor de aceite de ajonjolí tiene un tambor doble en el que suenan a la vez el bronce y la piel; el carrito del aguador se anuncia solamente por el chirrido de su rueda, como el de los carros de bueyes de Galicia, de Asturias, de la montaña santanderina; el carbonero provee su cochecito de cascabeles, aunque él no venda al detall. Solo por amor al ruido.



Los quince años que viví en Pekín son particularmente importantes porque durante ese período los viejos y los nuevos elementos llegaron a entenderse. Fui testigo de un colapso y vi florecer la vida nueva de entre las ruinas, el alma china en su evolución, pero que no perdió ni su nobleza ni su calma.

MARCELA DE JUAN

COLECCIÓN
VIAJES LITERARIOS

*Rutas literarias por los escenarios reales
o imaginados de los más atractivos
escritores y viajeros.*

VL#3

Historias sicilianas

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO

DE PALOMA ALONSO

GIOVANNI VERGA

VL#4

*Diarios de una
nómada apasionada*

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO

DE ADOLFO GARCÍA ORTEGA

ISABELLE EBERHARDT

VL#5

Vida privada

PRÓLOGO DE JESÚS FERRERO

TRADUCCIÓN DE BLAS PIÑERO

CHEN RAN

VL#6

Habladurías de mujeres

TRADUCCIÓN Y NOTAS

DE BLAS PIÑERO

LIN BAI

VL#7

Paseos por Londres

PRÓLOGO DE LAURA FREIXAS

TRADUCCIÓN DE LLUÏSA MORENO

VIRGINIA WOOLF

VL#8

La China que viví y entreví

PRÓLOGO DE MARISA PEIRÓ

MARCELA DE JUAN

LA CHINA QUE VIVÍ Y ENTREVÍ

MARCELA DE JUAN

Uno de los pocos vínculos que los españoles han tenido, en los últimos años, con la extraña, milenaria y paradójica civilización china.

JOSÉ ORTEGA SPOTTORNO

Esta es la sorprendente historia de una mujer a caballo entre la cultura china y la europea en el Madrid de mediados del siglo XX. Bien podría ser un cuento chino por su singularidad, pero es la historia real de Huang Masai, 黄玛赛. Su nombre se convierte en Marcela de Juan como transcripción libre de Masai, y de su apellido paterno, Hwang. Hija del embajador de China en Madrid, pronto se habitúa a una doble identidad que pasa por evitar que el padre le vende los pies, según la horrenda tradición, o que la prometa a los tres años con un príncipe, pero también por que sea educada como una mujer independiente, políglota y cosmopolita. La figura del padre, con su larga coleta y sus vistosos ropajes, lejos de pasar desapercibida, atraía amistades de toda índole: Pío Baroja, y Emilia Pardo Bazán, Mariano Benlliure o los políticos José Canalejas y el conde de Romanones.

Marcela de Juan y su hermana Nadine, quién con los años se hará coronel de aviación del ejército chino, comienzan una segunda vida cuando la familia se instala en Pekín. La adolescente Marcela se inicia en la cultura china, frecuenta a intelectuales, estudia poesía y teatro, y vive acontecimientos como la boda del emperador Pu Yi o la visita del propio Mao a su casa. Una casa en la que, como ella recuerda en estas trepidantes memorias, «se desayuna a la francesa, se come a la europea y se cena a la china». En su vuelta a Madrid, esta sorprendente dama comienza una vida de mujer independiente como traductora del Ministerio de Asuntos Exteriores, conferenciante por toda Europa, ya que hablaba siete idiomas, y articulista y corresponsal para varios medios como *Revista de Occidente*, para la cual realiza en India una entrevista a Indira Gandhi.

Una rara flor exótica en el oscuro Madrid de la dictadura.

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ISBN: 978-84-17594-85-5
THEMA: WTL, 1FPC

